

A-Cap. 145/6

R  
28653

ORACION FÚNEBRE  
QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS  
CELEBRADAS

POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO

DE ESTA MUY NOBLE, MUY LEAL, MUY HERÓICA,  
IMPERIAL Y CORONADA VILLA DE MADRID,  
EN EL CONVENTO DE RELIGIOSOS AGUSTINOS CALZADOS

DE SAN FELIPE EL REAL,

EL DIA 4 DE MARZO DEL PRESENTE AÑO,

POR LA SENTIDA MUERTE DE NUESTRA AUGUSTA SOBERANA

LA SEÑORA

DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA

Y DE BORBON,

REINA CATÓLICA DE LAS ESPAÑAS,

PRONUNCIÓ

*EL R. P. FR. JOSÉ JUAN GONZALEZ,  
Maestro de número en sagrada Teología, Calificador  
del santo oficio de la Inquisicion de Corte, Examinador  
sinodal de los obispados de Jaen, Guadix, Sigüenza  
y Gerona, Misionero apostólico, y Secretario  
general de dicha orden.*

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1819.

1825

ORACION FUNERRE  
QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS

POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO

DE ESTA MUY NOBLE, MUY LEAL, MUY HEROICA,  
IMPERIAL Y CORONADA VILLA DE MADRID,  
EN EL CONVENTO DE RELIGIOSOS AGUSTINOS CALZADOS

DE SAN FELIPE EL REAL,

EL DIA 4 DE MARZO DEL PRESENTE AÑO,

POR LA SENTIDA MUERTE DE NUESTRA AUGUSTA SOBERANA

LA SEÑORA

DOÑA MARIA ISABEL DE BRAGANZA

Y DE BORBON,

REINA CATOLICA DE LAS ESPAÑAS,

PRONUNCIO

EL R. P. Fr. JOSE JUAN GONZALEZ,  
Abogado de número en su Real Audiencia, Catedrático  
del santo oficio de la Inquisición de Corte, Examinador  
sinodal de los obispos de Juan, Guadalupe, Sigüenza  
y Gerona, Missionero apostólico, y Secretario  
general de dicho orden.



M A D R I D.

IMPRESA DE REPUBLICA

1819.

## DESCRIPCION

del Cenotafio que en la iglesia de san Felipe el Real ha erigido el Excmo. Ayuntamiento de esta muy heróica Villa, para las exequias celebradas en 4 de Marzo de 1819 por la

REINA NUESTRA SEÑORA DOÑA MARÍA ISABEL

DE BRAGANZA.

Por Don Antonio Lopez Aguado, arquitecto mayor de Madrid, honorario del Real Palacio, Intendente honorario de provincia, y Director de la Real Academia de san Fernando.

*Debiendo esta muy heróica Villa celebrar las justas exequias que corresponden á las virtudes que adornaban á su Augusta SOBERANA DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA, acordó el Excmo. Ayuntamiento que en la iglesia de PP. de san Felipe el Real se celebrasen aquellas con la solemnidad y magnificencia propia de tan digno objeto; para lo cual mandó á su arquitecto mayor don Antonio Lopez Aguado dispusiese los correspondientes planos y dirigiese la obra en la referida iglesia; y habiéndose arre-*

glado dicho profesor á las dimensiones del cuerpo principal de ella, dispuso en el crucero de la media naranja el Cenotafio ó Catafalco, cuya descripcion artistica es en la forma siguiente.

La planta general del Catafalco es un rectángulo de diez y ocho pies de ancho por veinte y seis y medio de largo; sobre esta superficie se eleva el primer cuerpo que forma el basamento de nueve pies de altura. El zócalo general de cuatro pies de alto imitado á mármol negro: el neto de otros cuatro pies á morado, y concluye con una faja amarilla de un pie, con sus molduras doradas, formando en su frente y espalda un gran zócalo y dos gradas de color de mármol amarillo: en el vaciado intermedio señala la composicion una estrella de oro y su cornisilla que ata y une el rehundido que divide este frente.

El segundo cuerpo se compone de un zócalo con su plinto de doce pies de ancho por catorce y medio de largo, y ocho y medio de alto, imitando á mármol verde, el cual tiene en su frente un pedestal con su basamento y cornisa arreglado al órden dórico con todos sus miembros dorados, y en el neto la inscripcion siguiente:

A E T E R N A E . M E M O R I A E  
 M A R I A E . E L I S A B E T H A E  
 F E R D I N A N D I . V I I . V X O R I S  
 B E N E M E R E N T . A C E R B O  
 F V N E R E . M A G N O . O M N I V M  
 O R D I N V M . D O L O R E . E L A T A E  
 M V N I C I P . M A T R I T . C O L L E G .

D. S. M. P.

*Sobre dicho pedestal está el retrato de la REINA nuestra SEÑORA sostenido por dos niños que representan la aflicción, y á los lados del pedestal apoyadas en su basamento la religion á la derecha y á la izquierda la caridad de la altura de siete pies: á los costados de este gran zócalo hay dos bajos relieves de cuatro pies de alto por diez de largo: representan el de la derecha los actos de religion, y el de la izquierda los de la caridad, y sobre estos bajos relieves en un zócalo se hallan dos grupos de niños que manifiestan las artes desconsoladas y en abatimiento. El testero ó fachada que mira al altar mayor es el pedestal, igual en todas sus partes al anterior, hallándose en el neto la siguiente inscripcion:*

Á LA ETERNA MEMORIA  
 DE MARÍA ISABEL  
 REINA DE ESPAÑA  
 DIGNA CONSORTE DE FERNANDO VII,  
 ARREBATADA POR UNA TEMPRANA MUERTE,  
 CON SENTIMIENTO GENERAL,  
 EL AYUNTAMIENTO DE MADRID  
 DEDICA ESTE MONUMENTO.

*Y encima del plinto un grupo de dos niños que con sentimiento se apoyan y reclinan sobre un lacrimatorio.*

*Sobre este segundo cuerpo se eleva otro con cornisa y plinto de la altura de siete pies, con sus correspondientes resaltos de cornisas y plintos, imitado á mármol morado, con el basamento y cornisa amarilla y sus molduras doradas. En la fachada una lápida imitada á lapislázuli, con sus fajas y molduras también doradas, y á los costados dos bajos relieves de festones y atributos de la muerte. Sobre el referido cuerpo sientan dos plintos de pie y medio cada uno de alto, que reciben el sarcófago ó urna sepulcral de tres pies y medio de ancho, siete y medio de largo, y cuatro de alto, con sus frontis y demás adornos correspondientes, imitando á piedra oriental, y los recuadros de sus rehun-*

didados á lapislázuli con las molduras, y cuatro garras de leon, de oro, sobre que descansa, concluyendo en su mayor altura con un paño de terciopelo negro y galones de oro, con el almohadon, corona, cetro y varios cordones y borlas de oro fino.

Iluminan este edificio doce vasos ochavados con sus plintos, adornos y molduras alegóricas de oro, colocados en los cuatro ángulos de los tres cuerpos que sirven de llamarines, y en los ángulos se elevan cuatro columnas sobre sus zócalos cuadrados correspondientes al primer cuerpo, imitando al mármol negro, de altura de cuatro pies, y sobre éstos el neto de tres pies de lado, y cinco de alto, del color morado, con su basamento dorado, y en los paramentos tienen coronas de laureles, y las estrellas del blason de Madrid: las basas y capiteles dorados, las cañas de las columnas rodeadas de varas consulares blancas sobre fondos verdes, las que reciben cuatro vasos que tambien sirven de llamarines.

La escultura ha sido ejecutada por don José Ginés, primer escultor de Cámara de S. M., y director de la Real Academia de san Fernando: los bajos relieves por don

*Angel María Tadey ; y todo lo demas correspondiente á pintura por don Antonio Tadey.*

*Ultimamente en el cuerpo de la iglesia solo se han colgado con bayetas negras y draperías amarillas las pilastras de los arcos torales, los de las capillas, testero del presbiterio y coro, todo con guarniciones de galones y flecos de oro.*

*Non recedet memoria ejus.* No se borrará su memoria. ECCLESIAST. CAP. 39, V. 13.

¿Faltaba, ó Dios justo, á nuestras calamidades la que hoy lamentamos en este santo templo? ¿No bastó para aplacar vuestra justa indignacion la terrible peste y la desoladora guerra con que antes determinasteis castigarnos? ¿No el habernos dejado en la horfandad por el cautiverio de nuestro Monarca, hacernos gemir bajo los esclavos de un tirano, ser consumida por la voraz hambre la mayor parte de este feraz suelo, y segada nuestra juventud por el filo de la espada enemiga? ¿No habiais acabado de derramar sobre nosotros el cáliz de vuestro furor? ¿No estaban sobradamente empapadas en nuestra sangre vuestras terribles saetas? Justo sois, Señor, y rectos son vuestros juicios. Una víctima de mas elevada gerarquía debia sacrificarse á vuestro enojo; porque era menester un golpe mas fuerte para despertar-nos del letargo en que yaciamos. ¿Mas habia de caer sobre la augusta cabeza, que hacia las delicias del REY y de la nacion, del trono y del altar? ¡Falaces esperanzas de los hombres, inconstancia de la felicidad terrena! En el momento mismo en que es-

perábamos nuestra mayor ventura, cuando se preparaban canciones genéticas y flores para adornar la cuna del Príncipe, que debía colmar nuestros deseos y nuestras esperanzas, nos vemos forzados á cortar ramas de lúgubre ciprés, entonar lamentaciones, y llenar el ayre de inconsolables gemidos. Aquel fiero personage que vió san Juan en sus revelaciones, se acerca en su pálido caballo, abanza hácia el palacio de nuestros Reyes::: ¡Dios Santo! ¿sobre quién descargará su ensangrentada segur? Mi espíritu se conturba, mi lengua se pega al paladar, y mis labios rehusan pronunciar lo que vuestros tristes semblantes, vuestro silencioso acompañamiento, los cánticos fúnebres, el magestuoso catafalco, los lúgubres ornatos, las melancólicas antorchas, la corona y el cetro que teneis á la vista publican en la sensible y temprana muerte de la poderosa REINA de ambos mundos, de la amante, la tierna, la virtuosa SEÑORA DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA Y DE BORBON, REINA católica de las Españas, y dignísima esposa del mas amable y angustiado MONARCA de la tierra el SEÑOR DON FERNANDO VII. Los cánticos de alegría que resonaban en todos los ángulos de esta heroica villa se convirtieron en clamores de lamento: el festivo júbilo se transformó en inconsolable dolor; y cesó de repente la estrepitosa algazara, ofreciendo esta populosa corte la melancólica imágen de un hórrido desierto. Mudóse en llanto mi cítara, y mi órgano en las voces de los que lloraban.

Excmo. Señor: cuando V. E. proyectaba festivos obsequios para celebrar el nacimiento de un nuevo vástago que afianzase la sucesion Real, se vé en la necesidad de ofrecer sacrificios religiosos por la dolorosa catástrofe que ha llenado de luto la vasta extension de esta monarquía, y especialmente de esta heroica villa y corte, cabeza de las Españas. Una REINA que en el dia de su mayor lucimiento y grandeza, partiendo el trono del mas gran MONARCA, dotada de todas las perfecciones que prodiga á muy pocas la naturaleza, en la primavera de su juventud, próxima á ser madre, amada extremadamente de su dignísimo esposo, y venerada de su pueblo, ostenta su lozania por la mañana, y está marchita á la tarde: una REINA que de repente pasa de la grandeza á la humillacion, de la vida á la muerte, del trono á la tumba, sin hallar recurso ni en la robustez de su salud, ni en la flor de su edad, ni en las proporciones de su clase: una REINA que espira rodeada de lo mas augusto que el mundo tiene, sin otro consuelo que inútiles lágrimas é impotentes sollozos, jamas llegará á ser sentida como es justo.

Pero si su preciosa vida ha terminado con la rapidéz de aquellos fuegos que apenas hieren nuestros ojos cuando se pierden en una eterna noche, corrió en pocos dias la carrera de muchos años, y nos dejó tantos ejemplos de sólidas virtudes, que harán durable para siempre su memoria: *non recedet*

*memoria ejus.* Podríamos decir lo que de sí mismo dijo el autor del libro de la Sabiduría, que dotada de una alma buena vino á un cuerpo incoquinado: era en todo famosísima, y se hizo amada de Dios y de los hombres. Un ligero análisis de lo que vimos con nuestros ojos y tocamos con nuestras manos, una sucinta indicacion de las grandes virtudes que cultivaba, y no pudo ocultarnos, á pesar de los esfuerzos de su humildad, bastará para justificar que su memoria debe ser tan duradera que jamás se borre. Para formar el elogio fúnebre de la SEÑORA DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA Y DE BORBON, dignísima Soberana de España y de las Indias, no tomaré en la mano el incensario cargado con el fuego profano de la adulacion; no buscaré falsos coloridos para su retrato, ni imaginaré virtudes para adornarla con las que no tuvo. Su alma percibiria con indignacion las voces que profanaban la cátedra de la verdad, y obtendria que el cielo castigase mi criminal atrevimiento. A vosotros mismos desagradarian mis palabras si me oyeis poner os por testigos de lo que no habia sucedido. Apelo pues á vuestro testimonio, y pregunto: ¿qué visteis en MARÍA ISABEL para que jamas se os olvide? Una esposa amante, una madre tierna, una REINA virtuosa. Alabanza, loor, nombre y memoria en las generaciones de los siglos á tan grandes ejemplos: *non recedet memoria ejus.*

Excmo. Señor: pues por una particular dignacion

me ha nombrado V. E. intérprete de su profundo dolor, escuche con indulgente oído las desaliñadas expresiones con que voy á exponer los relevantes méritos y brillantes virtudes de nuestra augusta Soberana; méritos y virtudes que justifican las lágrimas de todos los españoles, y los votos que ofrecemos en este dia.

---

Enlazadas desde antes las casas de Braganza y de Borbon, habian estrechado sus nudos por el matrimonio de la amable Carlota con el bondadoso Juan VI, y esta union feliz presagiaba la formacion de nuevos y mas estrechos vínculos. En el orden admirable de una Providencia incomprendible se halla determinado que un vástago de este tronco ocuparia el solio de ambos mundos, y que Portugal daria á la España una nueva REINA que la colmaria de ventura ó de esperanzas. Unido antes el heredero del trono español con una jóven Princesa, que prometia vivir largos dias, miraba el político asegurada la sucesion en los nietos de su REY; pero de repente desaparece esta brillante perspectiva, y el PRÍNCIPE FERNANDO, agoviado de dolor, no piensa en contraer nuevos empeños. Extraordinarias aflicciones acibaran su existencia, la calumnia le

acusa , le denigra y le persigue ; más la diestra del Omnipotente le libra y le exalta sobre el trono , permitiendo que fuese precipitado en el cautiverio á esfuerzos del ardid y de la intriga ; salvóle prodigiosamente el Señor de su poderosísimo enemigo , libértóle de cuantos le odiaban , volvióle al trono rescatado con la sangre de sus amantes vasallos , que viéndole salvo bendijeron al Todopoderoso , y entonaron alabanzas á su santo nombre. Disipada parecia enteramente la horrorosa borrasca , limpios los lejanos horizontes , y un cielo plácido y despejado anunciaba tranquilidad duradera ; pero la prevision de lo futuro acibaraba en parte la dicha presente , y suspiraban los españoles por ver asegurada la sucesion al trono de su patria. El matrimonio de FERNANDO formaba una época distinguida , por la cual anhelaba el corazon de todos sus amantes vasallos , y la indecision del Monarca les inquieta y agita : los deseos y los votos de su pueblo deciden al Soberano : la España toda es instruida de la resolution que ha tomado de asociar al brillo de su trono á la bella ISABEL DE BRAGANZA , su amable sobrina. El pueblo , tan irreflexivo cuanto alborozado , se entretiene en preparar lo necesario para ostentar su afecto en el recibimiento , entretanto que el hombre sabio , sensible y virtuoso levanta sus manos al cielo , pidiendo á Dios que conceda á la REINA todas las virtudes que han menester los Soberanos.

No es el cielo insensible á tan piadosos ruegos, y ya nos tenia preparada una jóven admirable, llena de una devocion superior á su edad, y de una virtud sobre su naturaleza, que parece hereditaria con la sangre en ambas casas de sus ilustres progenitores. Educada en sus primeros dias por la sabia y piadosa Carlota, aprendió desde la cuna las máximas de la virtud, y llegando á la edad en que es necesaria la direccion de un maestro sabio y virtuoso, fue confiado el plan de su instruccion Real á un varon verdaderamente apostólico, que aumentará las glorias de la órden seráfica, y cuyo nombre será colocado entre los mas ilustres hijos del inmenso número que ha dado al orbe el prodigioso Francisco. Los anales de su órden perpetuarán la memoria de este célebre religioso, á quien debió su instruccion nuestra REINA, y por cuyas lecciones supo que era Princesa, sin ignorar que por la condicion de su naturaleza era débil y limitada, y que como los demas hijos de Adan tenia reveladas sus pasiones contra el imperio de la razon: que el Monarca y el vasallo estaban igualmente expuestos á vicisitudes y males, que todo su poderío no bastaba á impedir. Los acontecimientos que trasladaron al Janeiro la corte de Lisboa, sirvieron de base y demostracion á estas grandes instrucciones, y la bella niña que suspiramos aprendió aquella doctrina sublime que los maestros mercenarios alejan criminalmente del oido de los Príncipes. Como previendo la futura elevacion de

la regia vírgen, perfeccionó con la cultura del cuerpo y del espíritu los dotes que el Señor la prodigó al formarla: la instruccion en la religion cristiana es su primer objeto, y despues la vida ocupada y laboriosa. A proporcion de su edad fue desenvolviéndose á su penetrante conocimiento el augusto plan de nuestra santa religion, y ocupó desde entonces sus tier-nas manos en el manejo del hilo y de la aguja, para merecer los elogios que á la muger fuerte han con-sagrado los divinos oráculos: las prácticas de virtud consumen una parte del dia, y ocupan la restante la leccion, el bordado y la costura: el largo pa-seo que cansa y robustece el cuerpo, es reemplaza-do por el estudio de la lengua latina, los elemen-tos de la historia, los conocimientos del globo en que habitamos, los irresistibles alhagos de la músi-ca, y el arte encantador de trazar con pocas líneas los objetos que afectan el órgano de la vista. Así se prepara para el estudio de la dialéctica, de la meta-física y de la física, adquiriendo nociones superio-res á los que aprenden la religion por un sencillo ca-tecismo: la ejecucion de los primores que llaman la atencion la pusieron en estado de ser algun dia la protectora de las ciencias y de las artes.

Parece que no la habia enriquecido la Providencia con dones tan preciosos sino para hacerla brillar sobre el trono mas opulento del mundo. No tanto el amor á las conveniencias, quanto el irresistible y se-creto impulso del cielo unió estrechísimamente, aun

antes de conocerse, las almas de estos dos consortes. Aquella amabilidad, que no podia perder el retrato de la REINA, si habia de serle parecido, y la nobleza y magestad que infunde afectó en el de nuestro Monarca, decidieron su dichoso enlace desde el momento en que fueron presentados respectivamente: confirmase el contrato, é ISABEL, que siente en su corazon las impresiones del amor más inocente y puro, no teme entregarse á las olas inconstantes del mar para buscar á su amado.

Felizmente llegada á Cádiz, recibe la bendición nupcial en la misma nave que la ha conducido; y apenas pone sus augustas plantas en aquella hermosa ciudad, cuando olvidada de su largo camino, y de las inevitables molestias de la navegacion, anhela por el momento de ver á su esposo. Ni la belleza de aquel emporio, ni los afectuosos obsequios que tan de justicia tributan á su REINA, ni los incesantes vivas, ni las melodiosas músicas bastan á tranquilizar su corazon: corramos á buscar á mi amado, dirijamos nuestros pasos á Madrid, ofrézcame ya á FERNANDO, y gócese mi espíritu en la posesion de lo que busca anheloso. ¡Qué largos le parecen los momentos de su demora, qué dilatado el camino, qué embarazosa y molesta la detencion inevitable! Mas no, amable REINA, no padeces tú sola: el corazon de tu esposo está agitado de iguales sentimientos, y ya abandona las delicias de su corte por anticiparte y anticiparse la dicha de verte.



Desde entonces, vosotros lo habeis visto, ¿qué esposa ha sido mas complaciente y amorosa? El rostro de FERNANDO es el único espejo que consulta: en él pretende investigar lo que siente el corazón de su amado: si los inevitables cuidados y disgustos del trono turban alguna vez la serenidad de su semblante, aguarda ocasion oportuna, se acerca á FERNANDO, con aquel confiado temor que la bella Ester al grande Asuero, le insinúa su pesar, procura investigar el motivo de su disgusto para calmarlo con su prudencia, y le pregunta llena de afectuosa ternura: *¿he sido yo acaso, mi amado FERNANDO, la causa de tu tristeza? ¿te he dado algun motivo de disgusto?* Estas preguntas bastan para tranquilizar al Monarca, y volver la serenidad á su agitado corazón. ¿Mas qué causa ó qué motivo de desgrado pudo jamas ocasionar nuestra amable REINA, hermosa como Ester, prudente como Abigail, piadosa como Ana, inocente como Susana, y mas amante que la enamorada Micol? Al escuchar el Monarca la voz de su esposa, recobra la tranquilidad de su espíritu, calman las incomodidades que ocasiona el gobierno, el corazón recobra nuevas fuerzas, y la tierna consorte recibe las mas finas pruebas del afecto con que la distinguia su Soberano esposo. El testimonio de vuestros ojos es el garante mas seguro de esta verdad: vosotros la visteis pasear esas calles, presentarse en los paseos, y asistir á los públicos espectáculos al lado de su augusto marido:

¿mas dejasteis de notar alguna vez la ternura interesante de sus miradas, su incesante conato en observar la voluntad del REY, el agrado y la complacencia que rebosaba en su alma, y se notaba en su semblante al ver á su FERNANDO contento y divertido? ¿Notasteis alguna vez, dichosos personajes de su servidumbre, notasteis en esta bella REINA diversion, entretenimiento ni gusto en cosa que no se dirijiese á agradar y complacer á su digno esposo? ¡Dichoso porque logró en ella una corona mas apreciable que la que colocaron ambos mundos sobre su augusta cabeza! ¡bienaventurado porque le tocó una muger sensata y buena! Duplicarse ha el número de sus días, complacerá su vista, llenará de paz los años de su vida, y halló en ella el bien de su palacio. A la manera que el sol llena la tierra de alegría con su presencia, ornará la prudente ISABEL su augusta casa, y añadirá gracias á gracias por su pudor y su virtud.

El cielo mismo parece que se interesa en aumentar las dichas de esta bella union, y el pueblo español logra que el Altísimo haya concedido á su Señora la fecundidad porque anhelaba. El Monarca y el vasallo, la corte y las provincias aplauden ya la sucesion futura, y claman al Dios de las misericordias por un feliz alumbramiento. Secretas oraciones, rogativas públicas, votos no interrumpidos se ofrecen incesantemente por tan justo objeto: todos enardecidos quisieran llevar en sus manos á la

amable REINA, para que el mas ligero choque, el mas pequeño movimiento no pudiese incomodar á la madre ni al feto; y en medio de este entusiasmo general, la REINA, sin ostentacion ni estrépito, después la grandeza, y olvidada de la magestad, se presenta al pie de los altares, implorando la protección del cielo por la mediacion poderosa de la Santísima Virgen María, visitando nueve iglesias con la mas edificante devoción en nueve dias consecutivos; mandando hacer particulares oraciones, además de las públicas; llenando las manos de los pobres para que presentasen aquellas ofrendas al Dios que se dignaba colmarla de tan señalados favores, y preparándose secretamente para una prolija y general confesion, que verificó antes de llegar á los últimos meses. El tiempo se acerca, se multiplican los ruegos, y se dirige al Santo de los Santos una no interrumpida plegaria ante su Hijo Sacramentado, expuesto de dia y de noche á la adoracion del pueblo. Llegan los momentos deseados. ¡Dios de paz y de consolacion! ¿cerrais vuestros oidos á los clamores de tantos que ruegan por su amable REINA? ¡Qué afliccion, qué desconsuelo, cuánta consternacion ocupa el palacio, y se difunde con la rapidez del relámpago en la vasta extension de la corte! Ya siente el efecto de la sentencia terrible pronunciada por el Altísimo contra la criminal Eva; los dolores del parto fatigan y afligen á la REINA; vanse apurando sus fuerzas; se halla en una angustia igual á la de Ra-

quel, y los facultativos temen una catástrofe como la de aquella heroina. Repiten sus juntas; consideran su estado; imaginan que perece la madre con el feto: el cruel arte de socorrer las parturientes determina salvar á la madre por lo menos, y alista los terribles instrumentos de una operacion espantosa: salvadla, Señor, que perece: ¿estais acaso dormido, ó apartais vuestro semblante de vuestra fiel España? ¡Vanos pensamientos de los hombres! El cielo vela entonces en la conservacion de nuestra REINA, y por los medios mas sencillos la salvará. El ángel tutelar lleva por la mano á un profesor perito; la luz del cielo ilustra sus ojos y su espíritu; compara la relacion que se le ha hecho con el estado en que halla á la paciente, y levantando su voz prorrumpe en un grito consolador, asegurando que no hay peligro: en todos los ángulos del palacio resuena este anuncio placentero; los suspiros y los ayes se convierten en voces de júbilo; el REY se recobra del susto que le oprimia, y á pocos momentos logra la satisfaccion de ver en sus manos á su augusta hija, y visitar á su amable esposa fuera de todo riesgo. La misericordia de Dios concedió al facultativo tanto acierto: MARÍA ISABEL DE BRAGANZA descansa tranquila, y está llena de gozo, sin acordarse de su grande apuro, perfectamente olvidado y disipado con la vista de su augusta hija. Ocupada en la consideracion de sus nuevas obligaciones, dará á los grandes y Reyes de la tierra el ejemplo mas heróico de amor maternal.

La ignorancia de los principios naturales y religiosos hace imaginar á muchas madres que no empiezan sus obligaciones antes de dar á luz sus hijos. Error grosero, y crimen censurable ante Dios y ante los hombres, que nunca logró entrada en el espíritu ni en el corazón de la grande ISABEL. Instruida en los principios naturales, sabe el cuidado con que debe tratarse la que siente en su seno el dulce fruto de un legítimo amor: sabe que no vive para sí sola, y que tiene la mas estrecha obligacion de cuidar la vida de su hijo: mira como un parricidio cualquier exceso que pueda perjudicar á su amable prole, y el temor religioso de que puede hacerla infeliz para siempre la sobrecoge y asusta. El paseo y la quietud, el alimento y la digestion, el sueño y la vigilia, las pasiones del espíritu y del corazón, todo lo arregla y lo dirige por estos luminosos principios, y á tan santos objetos: la sola consideracion de que una madre puede entregarse al placer y á la diversion, á inmoderadas agitaciones, ó á excesos capaces de perjudicar al fruto de su vientre, la horroriza y consterna; y su conducta en el tiempo del preñado ha sido un modelo para aquellas madres desapiadadas, que á pretesto de su clase, se entregan á diversiones enteramente contrarias y perjudiciales al estado en que se

hallan constituidas. Leccion que no debeis olvidar, grandes del mundo, porque os la prescribe con igual fuerza la naturaleza y la religion, el amor á vuestros esposos, á vuestros hijos, y á vosotras mismas, y que el ejemplo de la REINA os estimula á desempeñar con igual perfeccion.

Mas quando ha llegado el término prefijado por la naturaleza al feto que os gravaba, quando habeis dado á luz el fruto de vuestro vientre, se extienden vuestras obligaciones, y os hallais constituidas en nuevos empeños. Formadas todas por el Hacedor Supremo para criar por sí mismas á sus hijos, parece que se oponen á este orden admirable las que sin justos títulos, ó motivos poderosos, abandonan tan santa obligacion. MARÍA ISABEL DE BRAGANZA ha meditado de antemano lo que debe á su hija, á su esposo, y á sí misma: mira con indignacion á muchas madres, que despues de haber sufrido los dolores del parto, entregan á otras sus hijos para que los nutran, y determina castigar con su ejemplo el orgullo, la afectada delicadeza, ó el criminal amor á vergonzosas pasiones que suelen determinar á otras para eximirse de criarlos. Como por su instruccion, su amor y su piedad reputa ser crimen gravísimo privar á su hija sin evidente necesidad del primer derecho que la concedió naturaleza; como conoce las ventajas fisicas y morales que produce en la prole ser nutrida por su propia madre; como sabe que el Criador tiene pre-



parada en los pechos maternos la medicina y el alimento de los recién nacidos, tenía por un exceso de crueldad negar tantos beneficios á su augusta hija. ¿Autorizaré yo, diría, con mi perverso ejemplo el crimen de unas madres á quienes las mismas fieras confunden y avergüenzan? ¿Cuál de ellas entrega sus hijuelos al cuidado de otra? La furiosa leona, la tigre feroz, y la sanguinaria hiena, cuidan por sí mismas sus cachorros. ¿Se envilecerá la REINA de ambos mundos hasta el increíble extremo de hacerse inferior á estas, abandonando el fruto de su vientre? Yo misma debo desempeñar las obligaciones de madre: mis pechos, y no estraños y mercenarios pechos, harán que circule por las venas de mi tierna hija, con mi sangre misma, el ardiente amor que profeso á mi pueblo: ella sentirá antes de poder advertirlo las dulces emociones de mi corazón, recibirá las impresiones de mi alma, y desde la cuna se dirigirán sus deseos, como los míos, á la mayor felicidad de los españoles. Animada de tan nobles sentimientos la pone en su regazo, la acerca á su pecho, y siente ya el amor que se infunde en la graciosa niña. Sus Reales manos se ocupan en asearla y vestirla, y los maternos ósculos y caricias no le parecen bastante expresivos para indicar toda su sensibilidad y amor. Él se aumenta y fortifica en cada instante, y la sonrisa y el llanto mismo acrecientan su llama. Congeturad, dichosos madrileños, su grandeza por lo mismo que visteis y observasteis.

Los paseos y espectáculos públicos os la presentaban de continuo cargada con el dulce peso de su amada hija. Su rostro siempre fijo en ella, sus tiernas é insinuantes miradas, que jamás se separaban de aquel objeto sino para dirigirlas á su amado FERNANDO, y estimularle al amor en que ella misma ardía, os lo dieron á conocer sobradamente. Dirigida por la naturaleza y por la religion, ofrece el grato espectáculo que dió al mundo Sara acercando á su pecho al tierno Isaac, Rebeca á Jacob, Ana á Samuel, y sobre todo María á Jesus, cuyos grandes ejemplos imita en cumplimiento de sus obligaciones: mas si la necesidad de atender á su salud la impide continuar, y la priva de alimentar como deseaba á su hija, no por esto deja de ocuparse en el cuidado de ella, pasar los dias y las noches en las delicias puras de las demas atenciones, y saciar su corazon materno con las gracias que empieza ya á descubrir la amable niña. Me parece verla fijar sus ojos en el afable rostro de su madre, é indicar con agradable risa el placer y la gratitud de su alma, que no puede expresar de otra manera: inútil seria exponeros el magnífico plan que se ofrece á la madre para la futura educacion de la niña: ¡qué coloquios tan tiernos entre los esposos, felices con tan dulce prenda! ¡qué satisfaccion tan pura! ¡qué gozo tan inocente y tan completo!

¿Habrà algo que pueda turbar serenidad tan agradable? ¡Ah! Á la manera que imperceptible nubecilla es el fatal presagio de horrible tormenta, un ataque,

al parecer ligero, altera la salud de la Infanta: medicinas oportunamente aplicadas no surten efecto: asistencia, cuidado, lágrimas, plegarias, todo es en vano: el Dios que concedió á nuestros Monarcas esta joya, quiere llevarla para sí y poner sobre su cabeza una diadema infinitamente mas brillante y magnífica. ¿Quién podrá consolar á estos tiernos y desolados padres? Llegad, sabios del mundo, usad de todos los esfuerzos de vuestra vana filosofía: mi amable hija no existe, os responde la REINA; inútiles son vuestras palabras, y no sois mas que consoladores onerosos. Ven, Religion Santa: tú sola puedes infundir en los acongojados ánimos de nuestros REYES valor bastante á resistir tan duro golpe: derrama sobre sus almas el suave bálsamo del celestial consuelo: ya veo en efecto á la virtuosa REINA que se humilla bajo la mano poderosa de su Dios, se postra ante el Rey de los Reyes, le resigna su voluntad, y auxiliada de la gracia, prorrumpe en las expresiones del angustiado Job: "dióla el Señor, y la quitó: hizose su voluntad: bendito sea su nombre sacrosanto." Fortalecida por el divino auxilio, ella misma pasa á dilatar el oprimido corazon de su augusto esposo: paréceme oirla diciendo á su FERNANDO lo que Elcana á su afligida Ana: "¿no eres tú por ventura, mi esposo y señor, mejor para mí que diez hijos?" Así calma ella misma tan desecha borrasca; así mitiga el dolor de su esposo, y así ha cumplido las sagradas obligaciones que hasta la muerte le impusieron naturaleza y religion. Superior á las

preocupaciones del orgullo, dió al pueblo español el mas bello ejemplo de amor maternal, dedicándose á la lactacion y cuidado de su hija. Superior á este amor que inspira y prescribe la naturaleza, supo someterlo y subordinarlo al imperio de la religion, dándonos á conocer que estaban muy profundamente radicadas en su Real ánimo las virtudes cristianas, y que era una REINA verdaderamente piadosa.

Dificil empeño es reducir á corto tiempo la relacion de virtudes que exigen un largo discurso: las de nuestra REINA fueron tales, que deberian tratarse sola y separadamente: los brillantes ejemplos de amor conyugal y materno, que llevarán su nombre de generacion en generacion, no fueron mas que chispas de la hoguera en que ardia su corazon. Desde la niñez presenta un espectáculo de admiracion por la docilidad de su carácter, su aficion á la piedad, y el deseo de aumentar las gracias con que fue adornada en el bautismo. La humildad parece el carácter distintivo de esta amable niña, y sobre ella funda el grande edificio de piedad que la distinguió desde su juventud: sabia bien que para ser exaltados en la presencia de Dios es menester humillarse, y que para erigir la magnífica fábrica de la propia santificacion debemos establecer los cimientos en la profunda zanja de una humildad perfecta, y cuanto mas elevada se veía, tanto mas profundamente se humillaba ante el divino acatamiento. Descendiente de familia de santos, y dotada de abundantes perfecciones en el cuerpo y en el alma, se

elevaba á contemplar la infinita hermosura del Señor, que dispensa á sus criaturas estas gracias. De su humildad sale la dulzura de su trato, la modestia de sus ojos, la abnegacion de su propia voluntad, y su perfecto temor á Dios: su corazon no se exalta ni se engrie, y en medio de la grandeza y de la gloria presenta á todos la antorcha de la humildad verdadera. Las reconvenciones á su familia son verdaderamente maternas; jamas sale de su Real boca palabra descomedida, áspera, ni severa; vigila en el bien de sus sirvientes, y les instruye por su ejemplo con la labor de manos, lectura piadosa y científica, oración y retiro proporcionado. ¿Quién será bastante á describir con la debida perfeccion las virtudes domésticas de nuestra suspirada REINA? Inferidlas por las lágrimas y el desconsuelo de toda la familia de su servidumbre. No hay uno que no presente la verdadera imágen del mas afectivo dolor: con gusto me detendria á hacer una exposicion circunstanciada de ellas, si sus virtudes públicas, mas interesantes é instructivas, no llamasen mi atencion con mayor eficacia: por ellas mereció ser amada de todos, y podria decirse como en otro tiempo de la bella Judit, que no habia quien hablase de ella una palabra mala.

El engreimiento y la insensibilidad son como pertenencias de la grandeza: abundando de todo, olvida que hay miserables sobre la tierra, y si alguna vez se le presenta la miseria, aparta la vista por no enternecerse y verse obligada á un pequeño sacrifi-

cio: no así la amable ISABEL, en cuyo corazón jamás ocuparon lugar tan desnaturalizadas máximas: del vientre de su madre salió adornada con el distintivo de una misericordia tan generosa como la de Tobías, que se acrecentó con la edad, y desplegó su extensión sobre el trono. La aflicción y la desgracia eran para la REINA la más interesante recomendación, y la necesidad el medio más justo para lograr todas sus atenciones: contad, desvalidos, la bondad con que os acogía, sus dulces palabras, sus insinuantes y consoladoras miradas, y como antes de recibir sus larguezas quedabais satisfechos con su afectuosa ternura. ISABEL procuraba por todos los medios aliviar la miseria que la esterilidad y los inevitables efectos de nuestras anteriores calamidades ocasionaron á su reino: no le es sensible la escasez del erario sino porque le faltan arbitrios para consolar á los pobres en toda la extensión de sus deseos; mas para llenarlos, en cuanto le era posible, miradla repartiendo lo que mensualmente se la designaba para los necesarios gastos de su vestido y adorno, reservando para sí una porción la más pequeña, y llegando al extremo de ser miserable para sí misma, la que era tan liberal para los pobres; pero si la indigencia pública recibió millares de socorros, las necesidades secretas tuvieron en más ocasiones consuelos inesperados, encargando á los que comisionaba que jamás publicasen á quién debían agradecerlos, porque su único cuidado era ocultar á su mano izquierda lo que ejecutaba su derecha; no buscando



el estrepitoso ruido farisáico que recibe su premio en este mundo, sino la recompensa eterna que tiene preparada Jesucristo á los que le han socorrido y vestido en la persona de sus pobres.

Por este mismo principio visita los tristes asilos de la humanidad doliente, y entra sin repugnancia en las desagradables mansiones del dolor y de la indigencia. Ni la infestada atmósfera, ni su delicada complexion, ni su edad juvenil, ni su extremada sensibilidad la detienen: se acerca y consueta con su agradable presencia á los pobres enfermos, sometiendo la naturaleza á la gracia, la repugnancia á la caridad, y las propias incomodidades á la gozosa satisfaccion con que la miraban aquellos infelices. Faltaría el tiempo intentando referir los hechos admirables de esta clase; mas no es posible olvidar, ó pasar en silencio uno de aquellos que por su heroicidad merecian ser grabados sobre una materia que excediese en duracion á los mármoles y bronces. En las repetidas visitas que acostumbraba hacer ya con su augusto esposo ya con su camarera sola á la casa Real de la Inclusa, se la ve confundida entre las mugeres que cuidan aquellas desgraciadas víctimas del crimen ó de la indigencia: visita las salas con cuidadosa observacion, se informa del manejo con que se las asiste, acaricia á los unos, besa á los otros, y ya sorprende á las mismas caritativas personas en ella ocupadas, tomando en sus Reales manos una de aquellas infelices criaturas, desnudándola, limpiándola y vistiéndola, sin que la inmundicia la

retraiga, ni la incomodidad la fatigue. "Son mis hijos, decia, pues tienen la desgracia de no conocer á sus madres." Venid, orgullosas, insensatas, que mirais con desprecio la indigencia, venid, y os admirareis; ni tan delicadas, ni tan grandes sois como la REINA; pero tampoco sois tan virtuosas, y la religion sola inspira y determina tales sentimientos.

Con su nombre parece que se ha infundido en su ánimo el espíritu pacificador de otra Reina santa: ahuyenta de su palacio las domésticas disensiones: la envidia y los zelos no moran entre los de su venturosa servidumbre, y todos respiran el plácido ambiente de la paz y de la caridad: este es su sistema, estos sus consejos á su adorado esposo, estos los designios para que todos viviesen unidos en la fraternidad social y cristiana, y muchos hechos públicos y secretos demostraron su amor á la paz. Ni aun á pretexto de diferencias sobre direccion de corporaciones religiosas, igualmente buenas, bajo qualquiera lejitima cabeza, permite que se fomente el espíritu de division y de discordia; y si razones poderosas hicieron que un cuerpo respetable se pusiese bajo diversa direccion, ya veo á ISABEL con la pluma en la mano escribiendo al Vicario de Jesucristo, y admirando al Vaticano con su interposicion pacífica, obteniendo sus gracias, logrando sus decisiones, poniendo en posesion al que antiguamente lo estaba, y verificando la reunion de las dos familias, acompañando y comiendo alternativamente con las unas y las otras para establecer la paz en todas. Paz per-

fecta que deseaba lograrse el imperio en todos sus dominios para realizar los deseos de su bondadoso corazón.

¿Cómo podría yo pintaros los dulces coloquios de ISABEL y FERNANDO, cuando figurándose estar realizada ya una sólida y permanente paz en todos sus dominios, llevaba su vista del uno al otro extremo de la España, y pasando los mares, fijaba sus ojos en la vasta extension de las Américas, y llevaba la felicidad hasta la mas miserable cabaña del indio mas necesitado? A este efecto manda valuar sus alhajas, y ofrece su precio para la expedicion que se dirige á pacificar las Américas; como hizo en otro tiempo la primera católica Isabel para el descubrimiento. ¿Cuál su placer cuando decía á su esposo, en breve FERNANDO, en breve nos concederá el Señor la dicha de ver abiertas comunicaciones fáciles entre todas las provincias de esta fertilísima Península, y trasladados de unas á otras los sobrantes de sus producciones á beneficio de bien contruidos canales: el riego fertilizará nuestras campiñas, y el afanoso labrador ahorrará la mitad del sudor que ahora vierte sobre la tierra, logrando ver duplicadas sus cosechas con menos trabajo. Espaciosos caminos sombreados de coposos árboles, ofrecerán al viajante la comodidad de que ahora carece. Bosques hermosos, científicamente plantados y dirigidos, proveerán los astilleros de abundantes maderas; y naves sin cuento trasladarán los frutos de nuestro suelo á países lejanos: las artes llegarán á la cum-

bre de la perfeccion, auxiliadas con las ciencias; y los talleres, poblados de infinitos operarios, harán al mundo todo el mercado de la España; pero si nuestros dias no bastan á ver realizados estos bienes, el dulce fruto de nuestros legítimos amores completará el beneficio, bendiciendo nuestra memoria millones de habitantes, que nos deberán su aumento y su prosperidad.

Asi corre ISABEL en pos de la felicidad que preparaba á sus vasallos, ya por sí misma, ya por el feliz fruto con que de nuevo va á favorecerla la diestra del Señor. Con el mismo cuidado que en su primer embarazo, desempeña las obligaciones maternas: el espíritu religioso, acrecentado con un nuevo caudal de virtudes, practica iguales diligencias, implorando la asistencia del cielo: trece viérnes continuos abandona antes del dia su casto lecho, para ofrecer sus votos al Rey de los Cielos por la mediacion de su amado Taumaturgo Francisco de Paula, ante cuya imágen se postra sin comitiva, sin ornato, y aun sin que notasen los vigilantes ojos de los cortesanos las virtuosas operaciones de su REINA, que sale al rayar del dia acompañada de su esposo solo para recibir la sagrada Eucaristía, y sacrificarse con el feto que llevaba en su vientre, á la voluntad del Señor. Todos celebran esta dicha, aplauden su felicidad, se complacen con la esperanza de la Real sucesion, y repiten los parabienes á su REINA: ella sola, aunque robusta y saludable, parece abatida: no salgo de este parto, solia repetir con fre-

cuencia. Asi se preparaba como para la muerte; y sus no interrumpidos ejercicios de piedad se aumentan, son mas frecuentes sus confesiones y comuniones, mas tiernas sus súplicas, mas fervorosa su oracion, mayores sus limosnas, mas descuidado su ornato, á pesar de haberlo mirado siempre con el tedio que la bella Ester, como uno de los gravámenes que lleva consigo la magestad del trono; y despues de haber asistido con la mas edificante constancia á la celebridad de los maitines que entona la Iglesia en memoria del feliz nacimiento de nuestro adorable Redentor Jesucristo, fortalece su alma con el cuerpo y sangre sacrosanta del mismo Redentor Sacramentado, asistiendo á tres misas consecutivas en accion de gracias. ¡Quién tuviera tiempo para extender debidamente los actos de su sumision y humillacion ante el Rey de los Reyes! Retirad, cortesanos, retirad los almoadones que se presentan á los Reyes para hincar la rodilla: ISABEL DE BRAGANZA busca la dureza del suelo con preferencia á la comodidad; y si cuidadoso alguno de su estado le avisa que su permanencia en oficios tan largos puede incomodarla, y que Dios ve lo que en secreto se ejecuta; sin negar esta verdad, prorrumpe en una sentencia que deben tener presente para siempre los grandes y potentados de la tierra: Dios lo ve; pero no lo ven los hombres. Asi obedece el mandamiento de Jesucristo, que nos dice: Vean vuestras buenas obras, y den gloria á vuestro Padre que está en los cielos.

Asi preparada en el dia primero de la Navidad,

amanece el segundo en que ha de ostentar por la mañana todo su verdor y lozanía, quedando, como una bella rosa, marchita y ajada por la tarde; catástrofe terrible, que nos hace conocer la inestabilidad de la vida, y el poco fundamento de nuestras mas bien fundadas esperanzas. El estrago del rayo no es mas pronto y consternador que lo fue para todos nosotros el fatal anuncio. Un desmayo ataca á nuestra Soberana, que conversaba afablemente con diversas personas, y que el facultativo gradúa de signo precursor del parto que esperábamos para colmo de nuestra alegría: repítese á pocos instantes; el susto sobrevino al placer; y el mismo que antes miraba con alegre serenidad el accidente, se turba y se confunde; la palidez de la muerte se extiende en el bello semblante; ya se apela á prontas medicinas; el REY se acerca, levanta su congojosa voz, toma la mano de su esposa, que hasta en aquel momento le manifiesta el exceso de su amor, reuniendo sus pocas fuerzas para estrechar la de su amado; ya está impedido el uso de su lengua, sus labios de rosa no tienen movimiento; el Monarca quiere infundirla el aliento de su propia vida; ISABEL, ISABEL: ya no existe. Faltó el gozo de su corazón, cayó de su cabeza la corona, el dolor penetró hasta la médula de sus huesos. Perezca semejante noche, y envuélvala un tenebroso torbellino; no entre á formar el cómputo de los dias, los meses y los años. MARÍA ISABEL DE BRAGANZA Y DE BORBON ha fenecido, y con ella terminó el ejemplar mas

brillante del conyugal amor, una madre mas tierna y sensible que Resfa, una REINA humilde sobre el trono, benéfica en la mayor elevacion, y virtuosa en medio de los grandes peligros que rodean la magestad. Llorad, esposo desolado, hermanos inconsolables, servidumbre tan dichosa antes como desgraciada al presente. Llorad, pupilos, huérfanos, viudas, pobres de toda clase. Llorad, enfermos, desvalidos y miserables: llorad todos, españoles, porque acabó nuestra gloria, nuestra dicha, nuestra amabilísima Soberana. Llorad y contristaos: lamentad tamaña pérdida; pero no como los impíos á quienes ya no queda esperanza. Pésima es á los ojos divinos la muerte del pecador; pero santa, agradable y preciosa la muerte del justo. Con esta murió la inocente y piadosísima Soberana que suspiramos: su alma pura volaria á las regiones de la inmortalidad: el gran Miguel la presentaria en la luz santa prometida á Abrahan y su posteridad; y las grandes virtudes de que nos dió en su vida tan brillantes ejemplos, y cuya memoria no se borrará, la habrán colocado en la Jerusalén Santa, donde acompañada de sus dos augustas Hijas obtendrá las felicidades que deseaba á su esposo y á su reino; y por la misericordia del Señor eternamente descansará en paz. Amen.



1071770

O. S. C. S. M. R. E.